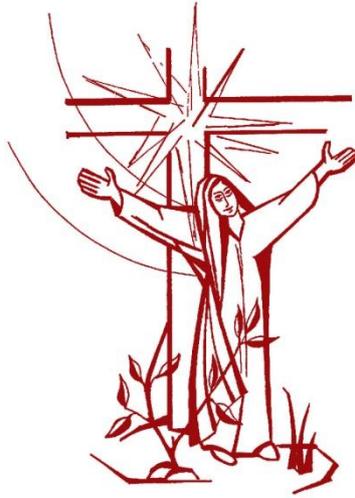


TIEMPO PASCUAL



«Es importante observar como traduce la Iglesia las múltiples relaciones que la unen a María en distintas y eficaces actitudes culturales: [...] en atento estudio, cuándo reconoce en la Cooperadora del Redentor, ya plenamente participe de los frutos del Misterio Pascual, el cumplimiento profético de su mismo futuro, hasta el día en que, purificada de toda arruga y toda mancha (cf. Ef 5,27), se convertid en una esposa ataviada para el Esposo Jesucristo (cf. Ap 21, 2)». (Marialis cultus, 22).

Durante el tiempo pascual, excepto en la octava de Pascua, se puede celebrar la memoria de santa María en sábado, a no ser que se presente otra memoria obligatoria.

Invitorio

Ant. Vengan, adoremos a Cristo,
que asoció íntimamente a la Virgen
al misterio pascual, aleluya.

El salmo invitorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

La luz del Resucitado
del sepulcro las tinieblas
vence, y rompe de la muerte
y el pecado las cadenas.

Nuevo Adán, nueva progenie
digna del Creador él crea,
dota da de honores régios,
profética y sacerdotal.

De intacta Virgen nace
el Autor de la nueva raza;

e intacto deja el sepulcro
del bautismo forma y tipo;

pues al concebir la Virgen
del Santo Espíritu llena,
de su vientre inmaculado
nace Jesús en la tierra;

y por el germen divino
también su esposa, la Iglesia,
en la fuente bautismal
turbas de hijos engendra.

Que son puertas de la vida
santa María y la Iglesia,
madres ambas de la gracia,
el pueblo de Dios confiesa.

A ti, Jesús, sea gloria,
que de la muerte triunfas,
con el Padre y el Espíritu
alabanza sempiterna. Amén.

SEGUNDA LECTURA

Del Tratado «Sobre la excelencia de la Virgen» de Eadmero de Canterbury, monje

(Capítulo 6: PL 159,568-570)

La Virgen tenía motivos de alegría en el cielo, en la tierra y en toda la creación

Si la santísima Virgen se alegró cuándo llevaba al Hijo en su seno y cuándo, derrotada la muerte, resucitó del sepulcro, ¿no tenía que alegrarse mucho más al ver a su Hijo que penetraba en el cielo con aquella misma carne que de ella había tomado? ¿Quién podrá dudar que esta alegría supera a las demás que había experimentado anteriormente?

Las buenas madres, por ley natural, experimentan una gran alegría cuando ven a sus hijos colmados de honores aquí en la tierra; y esta Madre, la más buena de todas, ¿no debió alegrarse de modo inefable al ver que su Hijo único penetraba en el cielo con poder soberano y que le era dado compartir la misma gloria de Dios Padre omnipotente? ¿Podríamos imaginarnos una alegría semejante a ésta? [...]

Pero esta alegría tan grande aumenta aun cuando, después de la bajada del Espíritu Santo sobre los discípulos y el inicio de la predicación, una gran multitud creyó en su Hijo. Y nadie debe admirarse si afirmo que la alegría de la Virgen aumentó por la conversión de aquella gente. En efecto, además de la alegría que ella experimentaba por estas conversiones, que llevaban al género humano a la salvación, se percataba de que su Hijo no había muerto en vano, ya que tan eficazmente obraba la fe en el valor de su muerte, incluso en aquellos que habían sido los causantes de la misma.

La Virgen tenía motivos de gozo, pues, en el cielo, en la tierra y en toda la creación: en el cielo, porque el fruto de su vientre, vencedor de la muerte y del mundo, reinaba en el cielo, y con su victoria glorificaba a Dios Padre todopoderoso, y con su majestad suprema llenaba de alegría a todas las jerarquías de la corte celestial; en la tierra, porque constataba como aquellos por cuya salvación Dios la había hecho Madre suya, liberados del yugo del diablo que los tenía cautivos,

corrían sin obstáculo por el camino de la salvación; en toda la creación, porque veía como salía de su antiguo estado de opresión y retornaba a la situación para la cual fue creada.

En efecto, después, que se enfrentó con Dios y, lleno de orgullo, se atrevió a conculcar sus mandamientos, el hombre había perdido todo derecho sobre la creación, que Dios había puesto a su servicio. Y cuándo, persistiendo en su contumacia contra Dios, Señor de todas las cosas, continuo usando abusivamente de ellas, cometió injusticia contra Dios y sometió la creación a la violencia y la opresión. Más ahora, cuando reconciliado con Dios por la muerte del Hijo de esta santísima Madre, el hombre había retornado a la gracia de Dios, la creación recupero los derechos de aquella libertad para la que había sido hecha por Dios, es decir, la de servir al hombre, en cuyo favor había sido formada.

Esto es, santísima Señora, lo que tuviste; esto, lo que comprendiste; por esto, te alegraste, porque a través de ti se cumplió todo de manera tan maravillosa.

Os decimos esto, hermanos, llenos de dulzura, y quisiéramos que vosotros también la saborearais, recordando con frecuencia el amar y la alegría de esta Señora; amor y alegría que tenían a Dios por objeto y causa. Nada más útil después del recuerdo de Dios, que la memoria de la Madre de Dios; nada más saludable que la meditación del afecto y el amor con que ella ardía en el recuerdo y contemplación de su Hijo; nada más agradable que dejarse penetrar por el sabor de aquel gozo del que ella se nutria en su Hijo y por su Hijo.

RESPONSORIO

cf. 2Co 7, 4; Flp 1, 18

R/. Francamente tengo grandes motivos para gloriarme de vosotros; por encima de todas las tribulaciones, * Dios me llena de alegría y de consolación, aleluya.

V/. Con tal de que Cristo sea conocido, yo me alegro y me alegraré.

R/. Dios me llena de alegría y de consolación, aleluya.

O bien:

De las Homilías de san Juan Damasceno, presbítero

(Homilía II sobre la Dormición, 2.3.14: PG 96, 723. 726. 727.742)

El arca del Dios vivo reposa en el templo del Señor

El arca santa y viviente del Dios vivo, que llevó en su seno a su artífice, reposa en el templo del Señor, no hecho por manos de hombre; ante ella danza David, su antepasado y antepasado del Verbo de Dios encarnado, y, junto con él, danzan los ángeles, aplauden los arcángeles, cantan himnos los querubines, glorifican los serafines.

La Virgen inmaculada, que nunca dio cabida en si a afecto alguno terreno, sino que se nutrió siempre de pensamientos celestiales, no volvió a convertirse en tierra, sino que, siendo como era un verdadero cielo viviente, fue colocada en las moradas celestiales.

La Virgen, depositaria de la vida, abismo de gracia, es recubierta por la muerte vivificante; y le sale al encuentro sin miedo, ella que había dado a luz al vencedor de la muerte, si es que puede llamarse muerte al sagrado y vital fin de su vida. En efecto, ¿podía estar sujeta al dominio de la muerte, la que había dado a todos la vida verdadera? No obstante, se sometió a la ley promulgada por el que ella había engendrado y, como hija del antiguo Adán, se sometió al castigo infligido a nuestros padres. Su Hijo, que es la misma vida, no rehusó la muerte; ella como Madre del Dios vivo, con todo derecho fue asunta a su presencia.

En los albores de la humanidad, Dios expulsó del paraíso a nuestros primeros padres, cuando bebieron el vino de la desobediencia, y, obnubilada su mente por la embriaguez de la trasgresión, se sumieron en la inconsciencia y sueño mortal de su pecado; ahora, en cambio, el paraíso no puede rechazar a quien rechazo siempre los ataques del mal, germen de la desobediencia

a Dios Padre, que es principio de vida para todos los mortales. ¿Podía el cielo cerrarle sus puertas? En modo alguno.

Si Cristo, que es el camino y la verdad (cf. *Jn* 14, 6), afirma: *Donde esté yo, allí también estará mi servidor* (*Jn* 12, 26), con mucha más razón estará con él su Madre. Más aun, como resucitó al tercer día del sepulcro aquel cuerpo sagrado e incorrupto, engendrado en María, unido por Dios a su persona, así era justo que ella fuera librada del sepulcro, y que la Madre emprendiera camino hacia donde estaba su Hijo; y que, como él había descendido a ella, así también ella fuera llevada a una morada más rica y gloriosa, esto es, al mismo cielo.

Era conveniente, - afirmo -, que María, que había hospedado en su vientre al Verbo divino, fuera colocada en la morada divina de su Hijo; y como el Señor había afirmado que él debía estar en la casa de su Padre (cf. *Lc* 2, 49), así también la Madre debía habitar en el palacio de su Hijo, es decir, en la casa del Señor, en los atrios de nuestro Dios (cf. *Sal* 133, 1). Porque, si ésta es la casa de los que se alegran (cf. *Sal* 86, 7), ¿donde, sino, tenía que habitar la que es llamada causa de nuestra alegría?

Era conveniente que ella, quien en el parto había conservado intacta la virginidad, conservara incorrupto su cuerpo aun después de la muerte.

Era conveniente que ella, quien había llevado en sus brazos al Creador hecho niño, habitase en las divinas moradas.

Era conveniente que la Madre de Dios poseyera la misma gloria que el Hijo, y que fuera venerada por toda la creación como madre y sierva de Dios.

En la cruz, al que había recibido en su corazón y dado a luz sin dolor, lo contemplar a también sentado a la derecha del Padre.

Era conveniente que la Madre de Dios poseyera la misma gloria que el Hijo, y que fuera venerada por toda la creación como madre y esclava de Dios.

RESPONSORIO

Jn 12, 26; *Lc* 1, 38

R/. Si alguno quiere ponerse a mi servicio, que me siga; * Y donde yo esté, allí estará también mi servidor, aleluya.

V/. María dijo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra».

R/. Y donde yo esté, allí estará también mi servidor, aleluya.

O bien:

De la «Carta a la Iglesia de Vercelli» de san Ambrosio, obispo

(Nn. 109-110; PL 16 [ed. 1880],1270-1271)

María consideraba, más allá de la muerte del Hijo, la salvación del mundo

María, la Madre del Señor, estaba junto a la cruz de su Hijo: el único que me ha enseñado esto es el evangelista san Juan (cf. *Jn* 19, 25). Los demás evangelistas nos describen como se estremeció el mundo ante la pasión del Señor, como se oscureció el cielo, como se escondió el sol, como el ladrón arrepentido, tras su profesión de fe, fue admitido en el paraíso. Juan nos enseña lo que otros no enseñaron, a saber, que Cristo desde la cruz habló a su Madre; él, vencedor de los suplicios, juzgo más importante cumplir sus deberes de afecto filial que dar posesión del reino. En efecto, si es muestra de gran piedad el perdón concedido al ladrón, lo es todavía más el gran afecto con que el Hijo honra a la Madre: *Ahí tienes - dice - a tu hijo ... ahí tienes a tu madre* (*Jn* 19, 26-27).

Cristo, desde la cruz, hacía su testamento, repartiendo entre la Madre y el Discípulo sus deberes de amor. El Señor hacía un testamento no solo público sino también familiar, y éste era firmado por Juan, digno testigo de un testador tan excepcional. Optimo testamento, en el que se

transmitía no dinero, sino la vida eterna; no escrito con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo (cf. 2Co 3, 3), el cual dice: *Mi lengua es ágil pluma de escribano* (Sal 44, 2).

María, por otra parte, estuvo a la altura de su dignidad de Madre de Cristo. Los apóstoles habían pero ella estaba junto a la cruz, contemplando con sus ojos piadosos las heridas de su Hijo, porque consideraba, más allá de la muerte del Hijo amado, la salvación del mundo; y tal vez pensaba que ella, morada del rey, podría con su propia muerte contribuir a la obra redentora de su Hijo. Pero Jesús no necesitaba de nadie que le ayudase en la salvación del mundo; él nos salvó a todos sin ayuda de nadie. En este sentido dice el salmo 50 *y como un hombre sin ayuda, libre entre los muertos* (Sal 87, 5-6). Aceptó ciertamente el afecto de su madre, pero no buscó su ayuda.

RESPONSORIO

R/. La cruz, de la que Cristo pendía, se convirtió en cátedra: * El Maestro bueno instruyó con su ejemplo a sus discípulos, aleluya.

V/. Para que los hijos no olviden sus deberes de amor filial.

R/. El Maestro bueno instruyó con su ejemplo a sus discípulos, aleluya.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

Comienza ya un nuevo día,
el tiempo pascual retorna,
y la mañana temprano
cantamos, Cristo, tu gloria.

Por nosotros padeciste
vivienda muerte y congojas;
sufres, más tornas integro
y de nuevo esplendor gozas.

La Virgen que en el patíbulo
e acompañó dolorosa,
se alegra con tu alegría
y muda de gozo llora.

Y con María, la Iglesia
jubilosa se alborozaba
y a la del Resucitado
Madre del jubilo nombra.

El cielo, la tierra, el orbe
la saludan, y pregonan:
que Cristo salvo triunfante
la humanidad pecadora.

Subiendo, Cristo, contigo
nuestro corazón transporta,
y al Espíritu y al Padre

laudemos también ahora. Amén.

Las antífonas y los salmos del sábado correspondiente.

LECTURA BREVE

cf. Hch 1, 12a. 13a. 14

Después de la ascensión de Jesús a los cielos, los apóstoles regresaron a Jerusalén. Cuando llegaron a la ciudad, subieron al piso alto en el cenáculo, todos ellos perseveraban unánimes en la oración junto con María, la madre de Jesús, con los parientes de Jesús y algunas mujeres.

RESPONSORIO BREVE

R/. El Señor ha resucitado del sepulcro * Aleluya, aleluya.

El Señor ha resucitado del sepulcro, aleluya, aleluya.

V/. El que por nosotros colgó del madero, ha vencido.

* Aleluya, aleluya.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

El Señor ha resucitado del sepulcro, aleluya, aleluya.

Benedictus, ant.

Alégrate, Madre de la luz:

Jesús, sol de justicia,

vence las tinieblas del sepulcro

e ilumina con su resplandor al mundo entero, aleluya.

PRECES

Al clarear el nuevo día, nos hemos reunido para celebrar la alabanza matutina, a la cual, con la gracia del Señor, uniremos la oración de la tarde, para que Cristo nos encuentre siempre perseverando en la oración y cantando su alabanza. Digámosle juntos:

Cristo, luz sin ocaso, ilumina nuestro camino.

Tu que, al nacer de la Virgen, participaste plenamente de nuestra condición humana,

- salva a todos los hombres, hermanos tuyos, de los que tu eres el primogénito.

Tu que, siendo inocente, fuiste suspendido del madero para redimir a los pecadores,

- convierte el corazón de los opresores y devuelve la libertad a los oprimidos.

Tu que, al resucitar de entre los muertos, colmaste de alegría a la Virgen y a los discípulos,

- aleja de nosotros la tristeza del pecado y haznos partícipes de la alegría pascual.

Tu que, al subir al cielo, colocaste la naturaleza humana a la derecha de Dios Padre,

- levanta el corazón del hombre hacia la patria eterna, donde la Virgen ya reina contigo para siempre.

Tu, que eres principio y fin de todas las cosas,

- haz que te busquemos al despuntar la aurora, te sirvamos a lo largo de este día, y al caer la noche, descansemos en ti.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

[Recordando ahora el don del bautismo, que nos capacita para invocar a Dios como Padre, dirijámonos a él con las palabras que nos enseñó su Hijo primogénito:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Oh Dios, que por la resurrección de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, has llenado el mundo de alegría, concédenos, por la intercesión de su Madre, la Virgen María, alcanzar los gozos de la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Dios todopoderoso, que derramaste el Espíritu Santo sobre los apóstoles, reunidos en oración con María, la Madre de Jesús, concédenos, por la intercesión de la Virgen, entregarnos fielmente a tu servicio y proclamar la gloria de tu nombre con testimonio de palabra y de vida. Por nuestro Señor Jesucristo.